

# MISION CUMPLIDA

Por

Luis ORELLANA Lillo  
Capitán de fragata IM. (R.).  
Armada de Chile

**E**n noviembre de 1930 fondeaba en Valparaíso una flotilla de cinco remolcadores de alta mar, dando término así a un largo crucero desde las costas inglesas, donde habían sido adquiridos por nuestra Armada para atender servicios de escampavías en la zona sur de nuestro territorio.

El cumplimiento de esta misión dio la medida de la eficiencia de estas naves en sus futuras actuaciones, ya que las millas navegadas durante las diferentes etapas de esta travesía excedieron en varias oportunidades la capacidad de distancia franqueable que fijaron sus constructores.

Eran barcos pequeños, 630 toneladas de desplazamiento, pero de gran poder de máquina. Su silueta confirmaba su sólida estructura e impresionaba como un recio bulldog inglés, si se permite la comparación.

Los nombres con que fueron bautizados correspondían a la tradicional costumbre de la Armada por mantener en sus naves el recuerdo de hombres representativos de nuestra nacionalidad, extraídos de la historia o de la leyenda, pero que son la expresión típica de los valores de nuestro pueblo: Colo-Colo, Sobenes, Cabrales, Janequeo y Galvarino.

Los servicios prestados por estos barcos se cumplieron en duras condiciones de tiempo y circunstancias. Fue una labor generosa y abnegada, ignorada por la gran mayoría de los chilenos

que viven condicionados al carácter mediterráneo de sus actividades, pero aquellos que conocen la vida del mar y en particular los que han sufrido el despiadado clima de nuestra "geografía austral" saben que su presencia en la vasta soledad del océano o en los canales, fue solución de graves problemas que impuso el mar a navegantes, pobladores y aventureros en variadas y muchas veces dramáticas circunstancias.

Al leer las cartas náuticas de aquella zona se destacan impresionantes nombres geográficos que nos hablan de tragedias marítimas, y nos sugieren visiones de paisajes obsesionantes: Puerto del Hambre, Isla Desolación, Seno Ultima Esperanza, Isla El Amortajado, Punta del Diablo, Surgidero Fantasma y muchos otros que sería largo enumerar. No es un simple capricho del navegante el haber designado aquellos sitios con tan angustiosos nombres. Fue el imperativo de los acontecimientos el que resumió en una palabra la tragedia que les creó el medio en el cual actuaban.

Los pobladores y navegantes de esos apartados lugares, ubicados fuera de las rutas normales de navegación, contemplan en sus recuerdos la estampa familiar de aquellos barcos que con su ayuda siempre oportuna les permitieron sobrevivir y realizar el propósito que los desplazó hacia esa zona.

Constituyen esos hombres una curiosa aunque heterogénea hermandad que bus-

ca en la soledad de esas costas la solución de su problema vital, cumpliendo deberes funcionarios u obedeciendo las voces de su destino. Ahí está el farero en vigilia permanente por mantener su luz y en anhelante espera del relevo que le permitirá el regreso a la civilización; el audaz explorador que prospecciona las posibles riquezas mineras o agropecuarias de la zona; el lobero que espera ansioso ante su cutter destrozado por el mal tiempo, el auxilio que salve su vida y su preciosa carga de pieles; el barco herido por la roca que escapó a la sonda del hidrógrafo que levantó las cartas náuticas del canal.

La presencia de estos barcos les hizo sentir la seguridad que proporciona una ayuda eficaz. Era la mano abierta y amistosa que entrega siempre una oportuna ayuda.

Pero hay algo más importante aún para recordarlos con agradecimiento.

Su sólida estructura y sus excelentes condiciones marineras fueron sus únicas defensas para resistir las duras pruebas que les impuso el mar en su obligado ambular por aquellas soledades. Ellos no disponían de radar ni ecosonda, elementos indispensables en la navegación actual, y cuando este instrumental se generalizó en los barcos de nuestra Armada, su limitado poder eléctrico hizo imposible su instalación a bordo. En las largas noches australes o durante las cerrazones de neblina o nevazón, era la experiencia y capacidad de su gente la que debía visualizar estos peligros. Hubo entonces que desarrollar el instinto marinerero de sus tripulaciones, regresar a los antiguos tiempos y navegar con los medios con que se batieron los marinos de antaño. Magnífica escuela para hombres de mar.

Otros escampavías se integraron a estas labores, equipados con los medios que proporciona la técnica moderna. Sólo ellos continuaron ayudando a su gente a formar reflejos de auténticos marinos y éste es el más destacado aporte que entregaron a la Armada. Los

hombres que pisaron sus cubiertas recuerdan con orgullo aquellos años en que tuvieron la profunda satisfacción de poner en práctica su instinto marinerero, luchando con un medio adverso, confiados sólo en sus propias iniciativas y en la recia fortaleza de su barco. Hoy constituyen lo que en nuestra Armada se ha dado en llamar con propiedad indiscutible la "hermandad del gaviete", nombre derivado de su característica proa, que los distigue del resto de los buques de la Armada.

El tiempo fue minando sus sólidas estructuras; uno a uno han ido sucumbiendo al peso de los años. Hoy sólo el "Colo Colo" pasea su recia estampa por nuestro litoral. Su eficiencia sigue igual, impulsada, podría decirse, por un generoso deseo de servir. Es que el cariño de sus hombres lo mantiene siempre ágil, pero inevitablemente, algún día, al igual que sus hermanos, tendrá que acogerse al retiro para descansar en las tranquilas aguas de nuestro primer puerto militar. Sus ya cuarenta años de servicios así lo hacen temer; tal vez no sea pronto; le resta fortaleza suficiente para mantenerse en la brecha para satisfacción de quienes lo han conocido como tripulantes o han recibido su eficaz ayuda.

Su larga vida, excepcional en un barco sometido a tan duras pruebas, merece destacarse, porque implica calidad y sobre todo porque nos habla del cuidado con que han sabido mantenerlo sus tripulaciones. Es la reciprocidad que une en mutua comprensión las responsabilidades comunes. Hombres y barcos han constituido en este caso un todo inteligente y homogéneo.

Al destacar sus méritos rendimos un homenaje a su fecunda labor de chilenización, que junto con sus hermanos, ha cumplido en nuestros mares australes ayudando a mantener la unidad territorial, misión fundamental que le confió la patria.

El "Colo-Colo" es el último de una época ejemplar que creó valiosos reflejos náuticos en nuestra Armada.